

Los posibles pasados y posibles futuros de la antropología

POR
DAVYDD J. GREENWOOD

*«they flutter behind your possible pasts
some brighteyed and crazy some frightened and lost
a warning to anyone still in command
of their possible future to take care
in derelict sidings the poppies entwine
with cattle trucks lying in wait for the next time».*

Roger Waters, Pink Floyd, The Final Cut, 1983¹

Posibles pasados, posibles futuros:

Ya se sabe que la visión progresista del tiempo, producto de la Ilustración, el capitalismo y el optimismo occidental casi descarta la realidad del presente. El presente sólo existe como el punto transitorio por donde pasa la línea recta que viene del pasado y que se proyecta hacia un futuro de progreso (o degeneración). Dentro de esta visión, solemos pensar en el pasado como algo fijo, ya decidido y lapidario. El futuro se nos presenta como la continuación de tendencias conocidas y tal vez inexorables. O, si somos de talante optimista, incluso mesiánico, concebiremos el futuro como el lugar donde lograremos escapar por fin de los errores del pasado. Este conjunto de visiones de la historia empobrecen realmente la capacidad de apreciar la complejidad del pasado y la voluntad de seguir un curso futuro heterodoxo. En lo que sigue, voy a dibujar rápidamente una visión más heterodoxa y heterogénea del pasado para desde allí proyectar una visión también heterodoxa de posibles futuros de la antropología.

En un cursillo de estudios vascos memorable que tuvo lugar en el Museo de San Telmo en San Sebastián hacia finales de los años 60, Julio Caro Baroja y José Miguel de Barandiarán discutieron sus distintas visiones del quehacer de los estudios vascos, casi como dos buenos *bertsolaris* en un concurso de ingenio y creatividad. Julio Caro definió su propia visión del quehacer antropológico, anticipándose mucho a los constructivistas contemporáneos, como el estudio del diálogo entre lo que se recuerda y lo que se olvida y las implicaciones de las selecciones que se hacen.

Desde aquel momento éste me ha parecido un planteamiento atractivo, aunque empíricamente aterrador. Desde hace mucho tiempo, hemos podido comprobar que el pasado se reconstruye constantemente de acuerdo con experiencias del presente, relaciones de poder y nuestras expectativas futuras. A menudo lo que se hace se justifica diciendo que «siempre lo hemos hecho así», «es nuestra costumbre», «es nuestra cultura». Pero al disponer de datos históricos relevantes, nos resulta fácil comprobar que el concepto de lo que «siempre se ha hecho» es también muy dinámico. La visión que se tiene del futuro puede empequeñecerse a causa de una visión excesivamente estrecha del pasado o por el manejo de relaciones de poder contemporáneas que nos hace descartar otras opciones futuras posibles.

Si hay varios futuros posibles, cada uno puede implicar un vaciado distinto de la historia. A la vez, el abrir la historia a una serie de interpretaciones nuevas puede proyectar un amplio panorama de futuros posibles en lugar de sólo uno o dos. Y cada futuro posible puede implicar una alteración de la configuración de los cacicazgos y mayorazgos presentes.

Me parece urgente adoptar esta perspectiva actualmente en la antropología porque no tenemos como disciplina (ni como sociedad) un futuro seguro. Ya hay muchos antropólogos. Nunca en la historia han habido tantos antropólogos y en tantos países. Hay un continuo desarrollo y difusión de la antropología en las instituciones universitarias y de puestos de trabajo para antropólogos en los servicios locales, regionales, nacionales y globales.

Lo que ahora está sucediendo creará los canales por donde se conducirá la antropología durante los años venideros. Nos encontramos ante otro «momento formativo». La oportunidad que se nos brinda de crear carreras universitarias, de reestructurar un poco la asistencia social y de contribuir al desarrollo del estudio de las culturas de muchos grupos étnicos es casi única en la historia de la disciplina.

Lo que me resulta preocupante es que estos pasos se están dando en relación a una visión tan limitada y empobrecida de la historia de nuestra disciplina que veo el peligro de no aprovechar bien las oportunidades que ahora se nos presentan.

Tal planteamiento puede sonar a homilía, por lo que, en vez de seguir en este tono tan abstracto y general, voy a abogar por unas interpretaciones de unos pasados y futuros posibles realizando un rápido esbozo de la historia de la antropología en los EE.UU. y en mi propio departamento de antropología en Cornell University. Al final, señalaré algunas implicaciones que me parecen relevantes al caso de las antropologías del Estado español.

Los posibles pasados de la antropología en los EE.UU.:

Cada vez más se recuenta la historia de la antropología de forma homogénea y mítica. Se habla de Franz Boas como el fundador único que desterró de la antropología a los *amateurs*. Se mencionan también a otras figuras de fundadores, pero con

perfiles más borrosos. Se habla de una primera etapa de la disciplina totalmente especializada en el estudio de las diferencias, anti-evolucionista, perdida en los detalles, antiteórica, histórico-particularista y forjada únicamente en el estudio de las sociedades primitivas por medio de una síntesis de los datos biológicos, arqueológicos, lingüísticos y culturales, -i. e. el mito de las cuatro subdisciplinas-. De aquí la antropología contemporánea se presenta como el resultado de la reacción a unos desafíos difíciles: la desaparición del supuesto único e inicial objeto de estudio -los primitivos- y la explosión de la investigación y la consecuente imposibilidad de mantener las antes coherentes relaciones entre las cuatro subdisciplinas a causa de su inmensa afluencia de conocimientos. Ahora se lamenta la pérdida de aquella supuesta unidad anterior, tratando a los estudios antropológicos de las sociedades capitalistas como una práctica, pero triste respuesta a la situación cambiante de la profesión. Es una visión mítica con tonos romántico-trágicos.

Esta visión histórica, este pasado de la antropología estadounidense, ya bien institucionalizada en los libros de texto y en el folklore académico-profesional, representa una selección muy restringida de lo que ha ocurrido. Además, es un «pasado» interesado porque oculta toda una serie de actividades de los antropólogos que les distinguirían tajantemente de otros colegas en las ciencias sociales, tanto por su metodología como por su visión política.

A continuación, ofrezco otro «pasado» de la antropología estadounidense, no como el canónico, sino como otro pasado tan posible y tan empíricamente válido como la versión dominante. Y hay otros pasados más, posibles y coherentes. Lo que quiero que se note es que esta visión alternativa, una de las muchas posibles, implica una valoración muy distinta de figuras, épocas y de formas institucionales de la antropología. También implica otros futuros posibles.

Este pasado lo voy a llamar «la antropología como reforma social». Según esta visión del pasado, la antropología norteamericana nace en el deseo de fomentar reformas sociales en varios niveles y foros sociales. Existió un interés intenso en la condición de los indios americanos, los efectos de los prejuicios raciales contra ellos, el sistema de reservas y el genocidio directo así como la aplicación constante de los prejuicios raciales. Todo un grupo de antropólogos dedicaron su práctica a estos problemas y a la crítica del Bureau of Indian Affairs y a nuestro sistema legislativo.

Por otra parte, y en otro sector social, la antropología abrió una crítica general del racismo y del genocidio en los EE.UU. y en Europa. Un grupo importante de los antropólogos fundadores de la American Anthropological Association habían encontrado en los EE.UU. refugio del genocidio racial y religioso de Europa, entre ellos Franz Boas. Por lo tanto, su defensa del concepto de la igualdad de las culturas y su argumento sobre la falta de relación determinante entre la cultura, el lenguaje y la raza fue también una defensa de sus propios derechos como seres humanos. Y su interés en luchar contra el claro racismo institucionalizado en las cuotas de inmigración, junto con los mitos castigadores del carácter nacional que impedía a la inmigra-

ción judía y también sudeuropea, combinaba su vida personal y su práctica antropológica en un quehacer profesional reformista.

Por otro lado, estos antropólogos mantenían un claro interés político y empírico en las sociedades urbanas e industriales. W. Lloyd Warner llevó a cabo la gran serie de estudios de una ciudad norteamericana que ahora se llama «The Yankee City studies». Elton Mayo hizo los trabajos iniciales más famosos de las relaciones laborales en las fábricas de la Western Electric. Charlotte Gower Chapman y Conrad Arensberg estudiaron los pueblos de Italia y de Irlanda en los años 1920 y 1930. Margaret Mead, Robert Lowie y Ruth Benedict no dudaron en plantear y escribir sus estudios como comparaciones directas entre las culturas «primitivas» y las culturas norteamericanas, y escribieron con un claro énfasis en la reforma social dentro de los EE.UU. Ellos vieron la etnografía como herramienta de reforma social basada en las elecciones aprendidas del estudio de las demás culturas del mundo.

Para llevar adelante este tipo de quehacer antropológico, organizaron la disciplina en cuatro subdisciplinas por razones muy prácticas. Como habían identificado al enemigo como el racismo y el sentido de superioridad cultural absoluta, basada en la supuesta superioridad de la raza blanca, nuestra lengua y nuestra ciencia, (superioridad demostrable históricamente), se vieron obligados a cubrir el mismo terreno para combatir estos planteamientos. Por lo tanto, era necesario hacer estudios comparativos de las culturas, razas y lenguas para demostrar la falta de coincidencia entre el «nivel de desarrollo» cultural y la raza y la complejidad de la lengua. A la vez, había que replantear totalmente el estudio temporal de la evolución del *Homo sapiens* y de las culturas de la tierra, relativizando el presente por medio de estudios bien concebidos y fundamentados de datos incontrovertibles.

Partiendo de este planteamiento, fue una opción profesional racional el acto de juntar a la antropología cultural, la lingüística, la arqueológica y la antropología física para luego demostrar la falta de correlación entre «raza, lengua y cultura» (el nombre de un libro famoso de ensayos de Boas). Lo que no tuvo lugar nunca, porque no era la intención de esta agrupación de subdisciplinas, fue una síntesis de las cuatro subdisciplinas. Cada una tenía una misión y, al unirse, la falta de coincidencia de sus datos confirmaba la independencia de la raza de la cultura. Así que no se trataba de ninguna síntesis sino de una sistemática anti-síntesis que intercalaba motivos científicos y político-reformistas bastante claros.

Últimamente, se escucha mucho en los EE.UU. el lamento sobre la contemporánea independencia de las subdisciplinas. Se experimenta esta condición como el exilio de una supuesta gracia edénica anterior y se habla de grandezas anteriores para justificar el pasotismo pequeño burgués del presente. Armados con este mito, la mayoría de los antropólogos tienen una excusa para no enfrentarse con las vivas e importantes posibilidades de síntesis de datos biológicos y culturales, posibilidades creadas por los avances en la biología. Pero el hacer algún tipo de síntesis bio-cultural sería una novedad antropológica, no una vuelta al pasado. Igualmente, no se

aprovechan oportunidades reales de síntesis interdisciplinaria entre la arqueología, la ecología, la demografía y la antropología cultural para estudiar fenómenos como la domesticación de las plantas y el desarrollo del urbanismo. Y así sucesivamente...

Hay muchos más «pasados» que se podrían dibujar. Existe la posibilidad de hablar del desarrollo de una antropología filosófica, empezando con Vico y pasando por Edward Tylor y Lewis Henry Morgan a Ernst Cassirer, Gregory Bateson, David Bidney, Clifford Geertz, Earnest Gellner, Roy Wagner, James Clifford, Gerge Marcus, Vincent Crapanzano, y muchos otros. Es una tendencia fuerte, a menudo contrapuesta, a las prácticas etnográficas y las visiones históricas del grupo en este momento profesionalmente dominante.

Otro pasado importante es una visión de la antropología como historia natural. Aquí se pueden incluir a Alfred Kroeber, Margaret Mead, E.E. Evans-Pritchard, James Spuhler, Steven Jay Gould y William Durham, entre otros, en una línea compleja, diversa y rica. Sus visiones de la historia humana y sus prácticas empíricas son heterogéneas pero coinciden en la importancia de la historia natural y una visión anti-teológica frente al quehacer antropológico.

Una antropología importante que casi se ha podido borrar totalmente de la historia oficial es el estudio de la antropología como psicología comparada. Era un tema que le interesó mucho a Boas, Mead, Bateson y Kroeber, y se desarrolló mucho en manos de Clyde Kluckhohn, Geza Roheim, George Devereux y Francis Hsu. Luego desapareció. ¿Por qué? Es una historia ahora casi desconocida, pero tiene mucho que ver con la política académica que divide temas según departamentos y facultades. Los psicólogos se apoderaron del tema, rápidamente desterraron a los antropólogos, lo manejaron un poco, y luego lo abandonaron en su obsesión por los mundos de la estadística y la biopsicología, y su acomodación al quehacer de la evaluación y «testing» - la contabilidad de la clase dominante en el siglo XX.

Otro pasado antropológico que todavía existía con fuerza durante los años 60 era la antropología como *ciencia* social. Los trabajos de George Peter Murdock sobre la estructura social, basados en las comparaciones mundiales resumidas en estadísticas, las comparaciones cualitativas de Ward Goodenough, el desarrollo de la «etnociencia», las muchas y repetidas polémicas de Marvin Harris, todos convergen en una visión de la antropología como una disciplina científica. Claro está que esto coincide con el movimiento de convertir en una ciencia a los estudios socioculturales en general. Los economistas, politólogos, sociólogos y psicólogos siguen el mismo trayecto, pero para la mayoría de ellos, o por lo menos para los más prestigiosos, este pasado ha legado a ser su presente y desde él se proyectan sus futuros. Para nosotros, casi se ha extinguido, un hecho claramente visible en los pocos fondos que ya destina la National Science Foundation a las investigaciones de la antropología social. El porqué de la caída de la antropología norteamericana de la gracia científica es un tema que apenas se ha tocado porque el mito histórico dominante ya en la antropología no lo requiere.

Todas estas antropologías y más eran y son la antropología norteamericana. El pasado es múltiple, y como ya todos menos los trogloditas de carne y hueso descartan la filosofía de Pangloss de que éste es el mejor de los mundos posibles, se debe pensar que aquellos pasados ofrecen la base de una reflexión detenida sobre los futuros que vamos a proyectar. Sin embargo, lo que se nota ahora es un ambiente de preocupación, desencanto y confusión como si llegáramos al fin de un camino en vez de reconocer que sencillamente la presente construcción del pasado nos achica, nos empobrece y nos entontece.

Si volviéramos a nuestros pasados posibles, veríamos que nunca hubo una síntesis de las cuatro subdisciplinas ni un equilibrio entre ellas. La antropología norteamericana se creó como una mezcla de conveniencia de la historia natural y la antropología filosófica y ahora los antropólogos/as co-existen en muchos departamentos en una relación casi totalmente vacía de contenido intelectual. Si una síntesis es interesante, lo que hace falta es hacerla y no evocarla románticamente de un pasado que jamás existió. La pérdida del enfoque comparativo explícito entre nuestra cultura y otras ha librado a los antropólogos de tener conocimientos profesionales y posiciones políticas claras sobre su propia sociedad y cultura. En la división del trabajo intelectual, estos deberes se adjudicaron a los sociólogos, economistas, politólogos y psicólogos. Para los antropólogos, estudiarnos a nosotros mismos implicaría redefinirnos como disciplina y como un grupo de poder en las universidades y someter nuestros análisis, a veces muy paternalistas, a la crítica pública que sufren las demás disciplinas. Sería especialmente difícil aceptar el papel de la antropología como disciplina experta en el estudio de las culturas contemporáneas con la movilización tan fuerte y violenta de los grupos étnicos en los EE.UU. El reconocer que la antropología nació, en parte, de la aplicación del estudio social a la resolución de problemas de explicar cómo una disciplina que se basó en la promesa de resolver los conflictos sociales creados por las diferencias culturales ahora se ha convertido en una industria etnográfica de estudiar de forma pasiva los problemas culturales de otros países. Sería interesante estudiar cómo se pudo crear un status privilegiado para los que practican una antropología que no afecta de ninguna manera visible la situación humana.

LOS FUTUROS POSIBLES

Si de verdad, el pasado de la antropología revela tantos y a menudo incompatibles elementos, entonces habría que hacerse ciertas preguntas: ¿Cuál es la causa de que uno predomine sobre otro en un departamento o a nivel nacional? ¿Podemos llegar a ser más conscientes de lo que somos al movernos de este presente hacia un futuro? ¿Cuáles son las condiciones que subyacen y apoyan la hegemonía nacional de un tipo particular de práctica antropológica? Creo que estas preguntas son fácilmente transportables a otros países como España.

En el caso de los EE.UU. ciertas causas generales se pueden señalar. Juegan un enorme papel la distribución de los fondos de investigación federales y de las funda-

ciones filantrópicas. Estas fuerzas canalizan de forma muy coercitiva la investigación antropológica, pero las bases sociales y culturales de estas actividades distributivas casi se desconocen por completo. Valdría la pena estudiarlos a fondo.

La división de trabajo académico también influye mucho. La visión burocrático-administrativa que viene rigiendo en nuestras instituciones universitarias distribuye el poder y los fondos de acuerdo con unos criterios neo-platónicos. Si todos los departamentos y facultades mandasen un decano y un jefe de departamento a una pradera bonita y se alineasen en una fila larga hombro con hombro, empezando con los físicos a un lado y terminando con los artistas en el otro, el rector vería que todos los conocimientos humanos se cubren perfectamente. No habría ningún hueco y cada departamento cubriría un campo suyo específico, una parte de la geografía universitaria propia, y no habría conflictos sobre la ubicación de ninguna disciplina en la fila.

Este modelo es amigo del control burocrático y enemigo de las síntesis multicausales y el quehacer pluridisciplinar. Para todas las disciplinas ha sido funesto. Las ciencias han evitado sus efectos más perniciosos por medio de la creación de grandes laboratorios interdisciplinares y la creación de nuevas ciencias, como la biofísica. Sin embargo, para las ciencias sociales en general, y para la antropología en particular, este modo de organización atenta directamente contra sus fuentes de dinamismo.

Para la antropología este modelo organizativo resultaba alucinante. ¿En que subdisciplina deberíamos situarnos para que nos clasificaran? ¿En la antropología biológica? ¿En la lingüística? ¿En la arqueología? Está claro que se basó en la antropología cultural, pero no está nada claro por qué. De acuerdo con esta decisión, hubo que meter a la antropología en las ciencias sociales, pero con el inconveniente de tener presentes en los departamentos a biólogos, lingüistas y arqueólogos. En mi propia experiencia directa he podido presenciar en dos ocasiones como un decano intentó aclarar esta «confusión» quitando a los biólogos, lingüistas y arqueólogos para dejar puros a los antropólogos científico-sociales.

Una vez que se consiguió domesticar a la antropología en la división del trabajo académico y, de esta manera, separar a la disciplina de su crítica social y su crítica implícita de la organización del saber académico, se convirtió en otra disciplina académica más. Ahora, sin raíces en el mundo externo, experimentamos el desgaste semanal de los paradigmas «chic» en un mundo que se contenta con abandonar los problemas en vez de solucionarlos. Una vez que se consiguió disociar el quehacer antropológico del contexto social, las modas intelectuales cobran la dinámica del «bestseller» del mes, y los paradigmas se suceden como las canciones populares. A menudo las referencias que se hacen en los escritos antropológicos son intertextuales y los únicos colegas que importan son los colegas del gremio propio, dentro de la misma subdisciplina, y dentro de la subdisciplina, de la misma secta.

Y para terminar el círculo, la misma sociedad que se ha implicado en la regulación y domesticación de las ciencias sociales ya demuestra una gran insatisfacción con la educación universitaria en general, y con las ciencias sociales en particular. Esto, combinado con la crisis económica que atraviesan los EE.UU., ha empezado a encarnarse en la desarticulación de departamentos de sociología y en una avalancha de libros críticos muy diseminados que denuncian a los «impostores» académicos por su falta de competencia relevante y su poco compromiso social.

La otra cara de esta tendencia también se nota en un aumento de apoyo financiero a las ciencias sociales en general, y la antropología orientada hacia los problemas sociales prácticos en particular. Hay un aumento de la presión del público, de las universidades, de las fundaciones y del gobierno para que las ciencias sociales «sirvan para algo». Y ahora cada vez más estudiantes universitarios vienen a la antropología en busca de alguna manera de conectar el estudio de las diferencias culturales al multiculturalismo y a la etnicidad, y se quedan sorprendidos al descubrir la antropología presente, futuro de un pasado empobrecido.

También, en otros contextos, existe ya cierto apoyo a la visión de la antropología como historia natural. Claro está que continúan los debates sobre la raza, el género y la cultura y los antropólogos participan bastante en ellos. Algunos antropólogos también trabajan en los movimientos medioambientales. Existen cada vez más fondos para subvencionar a la antropología biológica, la antropología médica y la arqueología. Sigue el sistema de apoyo federal para los estudios de lenguas y áreas del mundo de interés político y militar. Lo que no existe es apoyo por la antropología como una ciencia social y por la antropología filosófica, una batalla académica perdida con los economistas y los politólogos por los fondos de la National Science Foundation. Claro está que esto representa una contradicción estructural muy importante, porque, en la inmensa mayoría de las universidades, la antropología se instaló como departamento en la división de las ciencias sociales. Así que nos ubicamos académicamente precisamente en el lugar donde peor cabemos y menos éxito hemos tenido.

Junto con esto, los antropólogos han visto el colapso del prestigio de la sociología y han iniciado una rápida e interesada huida de su supuesta disciplina paterna. En la otra frontera con las humanidades, cada día presenciamos intentos guerrilleros de los humanistas de incorporar el prestigio que aún le queda a la antropología en el ámbito de las humanidades para aprovecharse de su supuesta hegemonía sobre el concepto de «cultura».

«Cultural Studies» ya es una industria de los departamentos de literatura inglesa y comparada. Aunque hay excepciones importantes, se dan muchos ejemplos en «cultural studies» del ignorante e incompetente manejo de los conceptos antropológicos y el uso alucinante de datos etnográficos para apoyar posiciones «políticamente correctas», posiciones que cambian con la salida de cada número nuevo de las revistas de prestigio.

Aunque estas relaciones que voy describiendo se desenvuelven de forma distinta en la historia de cada universidad, la presente combinación de materias en cualquier departamento se relaciona con estas condiciones nacionales, tanto como con las condiciones internas intelectuales locales.

A pesar de la supuesta estabilidad universitaria en los EE.UU., pienso que la situación puede llegar a ser urgente con rapidez, como ha pasado con el desprestigio de la sociología. Por lo tanto, la exploración de los posibles pasados y posibles futuros antropológicos puede ser una forma bastante práctica. No existe un *status quo* seguro. Nos toca hacer el futuro que queremos o sufrir el futuro que nos proporcionan nuestros colegas, decanos, rectores y congresistas.

Un caso concreto: los posibles pasados y futuros de la antropología en Cornell University:

Hasta aquí he venido hablando en términos muy generales. Quiero ahora ser más específico y hablar de mi propio departamento. No es porque sea un departamento representativo. Básicamente con el planteamiento de posibles pasados y futuros yo rechazo la visión paramétrica y canónica de la historia de la disciplina. Sencillamente, quiero señalar algunos momentos importantes en el desarrollo de un departamento para que se pueda ir pensando en las formas concretas que se hayan ido tomando las decisiones que tienen implicaciones transgeneracionales. De esta manera espero aclarar en algo el papel que tenemos cada uno en hacer el posible futuro de las antropologías.

Dónde empezar siempre es un problema fundamental, pero en esta presentación, lo voy a ignorar. Un papel importante lo jugó el President de Cornell, Livingston Farrand, entrenado en la mezcla de antropología, sociología y psicología de la época de los años 20 y 30. Por razones que desconocemos, Farrand decidió crear una plaza de antropología en Cornell donde no había ninguna. Contrató a Lauriston Sharp, un antropólogo que después ganó mucha fama.

Sharp se había educado en una «landgrant university»,² la University of Wisconsin at Madison. Sharp se había especializado en la región del Sureste Asiático pero también hizo una serie de investigaciones importantes con los aborígenes australianos Yir Yiront. Sharp, fiel a la misión de la universidad «landgrant»³ se dedicó a la antropología aplicada como compromiso académico y ético personal. También era un clasicista bastante bien formado y escribía poesía clásica. Y si todo esto no fuera bastante, fue arqueólogo con años de experiencia.

Como no había habido anteriormente antropólogos en Cornell, Farrand no sabía dónde meter la titularidad de Sharp. Al final, le colocó en el departamento de economía en el año 1937, y pienso que este hecho fue sumamente significativo. La relación entre la antropología y las demás disciplinas no era nada claro en los años 30, ni siquiera para los antropólogos. La disciplina tenía muchos posibles futuros.

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial, en la que participó Sharp y toda una generación de antropólogos, normalmente en los servicios de inteligencia militar, en los años de la posguerra la antropología se convirtió en la hermanita menor de la sociología dedicada tanto a estudiar a los primitivos en Cornell como en la mayoría de las universidades. Este tránsito merece estudiarse porque automáticamente destierra a la antropología de las sociedades industriales y de todos sus compromisos políticos anteriores.

Sharp fue un hombre de increíble energía. Yo lo conocí bien hasta que murió, después de una vida activa hasta el último mes, en Diciembre del año pasado. Entre sus muchos esfuerzos, Sharp fundó el Programa de Estudios del Sureste Asiático, el mayor y más prestigioso en el mundo académico. También fundó el Centro de Estudios Internacionales, junto con Mario Einaudi, centro que yo dirigí durante dos mandatos, por un total de 10 años. En la fundación del Centro, Sharp y Einaudi abogaron por una síntesis de los intereses materiales y económicos en el desarrollo mundial y los estudios de las relaciones internacionales. Esta decisión dio a Cornell un carácter muy distinto a otras universidades que sólo en la década de los 90 están intentando hacer tal síntesis. Y la visión de Sharp se basaba en su visión como antropólogo de la integración del mundo a escala global.

En la próxima etapa del desarrollo de la antropología, Sharp ayudó a contratar a Allan Holmberg, experto en el estudio de los Sirionó de Bolivia, la antropología psicológica y el estudio de la pobreza. Holmberg participó en la creación de un gran proyecto en las provincias marítimas del Canadá sobre la pobreza y luego empezó el famoso proyecto Vicos en el Perú. En este proyecto, Cornell tomó control de una hacienda peruana, dio el título de la propiedad de las tierras a los campesinos, e intentó ayudarles a crear una democracia propia allí.

Holmberg fue también jefe fundador del departamento cuando se separó del departamento de sociología en los años 50. Lo fundó con una clara misión de antropología aplicada, y durante 2 décadas Cornell fue el departamento más conocido en esta materia en el país. El grupo pequeño de catedráticos enseñaban cursos de antropología cultural, arqueología, lingüística y antropología biológica, de acuerdo con el modelo nacional reinante.

De aquí en adelante, la historia se complica mucho y me voy a limitar a muy pocas observaciones. A mediados de los 60, el departamento había crecido bastante y había producido en su seno una proliferación de segmentos con la incorporación de especialistas en la antropología de distintas regiones del mundo, y de la antropología biológica y la arqueología, en números reducidos. Luego, en el gran torbellino de Vietnam, hacia finales de los 60, hubo un rechazo total de la antropología aplicada como políticamente sospechosa y además no digno de un departamento que aspiraba a ser considerado como un departamento de prestigio intelectual. Se encarnó la ideología de la inacción como muestra de intelectualidad. Cuando yo llegué en 1970,

se me dijo con claridad que debería suprimir cualquier interés que pudiera tener en la antropología aplicada si yo aspiraba a una cátedra vitalicia. Era un consejo bien intencionado y muy apto.

Ocupando el lugar de la antropología aplicada, se había ido creando por todo Cornell el dominio intelectual de los estudios por áreas geográficas. Sigue Cornell en vanguardia de las universidades que más recursos dedican a esto. Enseñamos más de 45 idiomas y tenemos 6 National Resource Centers, otorgados por el gobierno federal. El programa de National Resource Centers es muy competitivo y nuestros éxitos son extraordinarios (sólo la Universidad de Washington, Seattle) tiene más. Es una muestra de la cantidad de recursos que dedicamos a estos programas. Casi todos los antropólogos de Cornell tienen una afiliación fuerte con un programa geográfico y dedican mucho tiempo fuera del departamento a sus colegas que comparten el interés en una área particular del mundo.

Una consecuencia importante de esta decisión institucional es la exclusión de los EE.UU. como área de estudio, puesto que el gobierno no otorga recursos al estudio de nuestro país en un programa que se dedica a conocer a fondo las culturas y lenguas de nuestros contrincantes políticos. Otra consecuencia es una gran pasividad política, en parte para no poner en peligro los fondos que recibimos y, en parte, porque la lógica de dividir el mundo por latitudes y longitudes conduce directamente a una especie de lo que Edmund Leach denominó «la colección de mariposas».

Claro está que durante estos mismos años, el resto de la universidad ha seguido evolucionando a su manera. Ha vivido y vive las presiones políticas de la acción afirmativa y la marginalización de la ciencia social. Económicamente la universidad depende de una manera deprimente de fondos federales que apoyan a las investigaciones de la ciencia física, las ciencias agrícolas y la ingeniería. Los constantes cambios de la dirección de la política federal crea un nivel de desorden propio de la dependencia absoluta. La antropología, como apenas recibe tales fondos, nada tiene que ver con esta lucha y, por lo tanto, los administradores la ignoran felizmente.

En cuanto al curriculum del departamento, está claro que la síntesis de las cuatro sub-disciplinas es una agenda muerta, sólo visible en algunas reliquias en la lista de requisitos de los estudiantes de los primeros años. Hay un fuerte énfasis en el estudio del género, en las perspectivas constructivistas, y en el posmodernismo. Las modas se siguen como las olas del mar. Se dedica mucho esfuerzo al estudio de las áreas geográficas pero, desde mi atalaya como Director del Center for International Studies no vi casi ningún dinamismo intelectual ya en estas agrupaciones geográficas.

A la vez, temas antropológicos se debaten por todo el campus. Antes me he referido a lo que se llama «cultural studies», actividad que en muchas facetas me parece la venganza de los «amateurs» a la antropología de Boas quien antes los mandó al exilio. También existe un interés vivo, más fuerte que dentro del departamento de

antropología, en una antropología aplicada con enfoque en los derechos étnicos, los derechos humanos, la antropología de la empresa y de los sistemas administrativos, y en la administración de los conflictos sociales sobre la protección del medioambiente. Ninguno de estos contextos privilegia a la antropología como disciplina. Son zonas de competencia entre muchas disciplinas y facultades y creo que un grupo de antropólogos políticamente pasivos se van a encontrar en las gradas del estado, observando el espectáculo desde fuera.

NUESTROS FUTUROS POSIBLES

Una lección de esta «historia chica» es que los que no se definen y se defienden se quedan exiliados. Si seguimos orientándonos por una visión empobrecida de nuestros pasados, vamos a seguir reaccionando a los hechos como hemos ido haciendo, sin agenda, sin mapa y sin pasión. Seguiremos permitiendo que los fondos federales y de las fundaciones dicten totalmente nuestra agenda intelectual y política y dejaremos intactas las hegemonía de las ciencias y la ingeniería en las universidades. Sufriremos la continua pérdida de los fondos federales destinados a las ciencias sociales y, a la vez, dejaremos que el estudio de las diferencias culturales lo monopolicen los críticos literarios y otros caciques «chic» de los movimientos sociales.

Creo que la moraleja es que a cada uno de nosotros nos urge replantear los posibles pasados antropológicos y abogar conscientemente por un futuro en el cual tenemos un compromiso crítico. Yo, por mi lado, he iniciado un intento de reconectar la antropología directamente a la sociedad circundante por medio de la investigación acción participativa. Esto poco a poco me va uniendo al coro de críticos que mina el apoyo financiero y conceptual por la versión presente de las instituciones universitarias que se dedican a la investigación que les permite el gobierno federal, las fundaciones filantrópicas, las legislaturas estatales y las empresas privadas. A la vista de nuestros posibles pasados, muchos de los cuales implican a la antropología en la reforma social, prefiero abogar por una antropología reformista que se enfrenta con los problemas sociales de acuerdo con sus métodos etnográficos. Está claro que a cualquier observador de los EE.UU. la sociedad de extramuros es cada vez más violenta y dividida y que muchas de estas divisiones toman formas culturales ya muy conocidas por los antropólogos. El crecimiento económico norteamericano ha cambiado de dirección radicalmente y creo que jamás volveremos a la riqueza de antes. Bajo estas condiciones, la violencia, la pobreza, y la enfermedad, que sabemos claramente que no se distribuyen al azar en nuestra sociedad, causarán una movilización para captar recursos sociales. Si esta movilización se continúa fraguando por medio de la división de grupos étnicos que se enfrentan entre si en lugar de crear coaliciones que juntas se enfrentan con el poder, nuestra sociedad se quebrará del todo. Para mí, esto es un futuro posible, muy acorde con la visión estéril del pasado que han aceptado muchos antropólogos, pero es un futuro inaceptable humanamente y profesionalmente.

A su vez, una antropología tal, dirigida hacia el cambio y la renovación social, requiere un cambio de estilo de vida que para la mayoría de mis colegas sería muy incómodo. Así que pienso que una gran mayoría de mis colegas van a optar por ignorar este posible futuro, prefiriendo sus lamentaciones sobre el pasado perdido.

EPÍLOGO PARA ESPAÑA

Estas observaciones personales sobre la antropología norteamericana pueden parecer muy poco relacionables con la situación de la antropología en el Estado español. De ser así, no hubiera perdido el tiempo escribiéndolas. Creo que hay unas advertencias muy claras que nacen en la comparación de las muchas posibles institucionalizaciones de la antropología en distintos países.

Me gustaría mucho que se entablara un diálogo todavía más amplio que el que se ha venido sosteniendo hasta ahora sobre los posibles pasados y futuros de la antropología en el Estado español. Por medio de un debate bastante sostenido en la revista *Antropología*,⁴ intenté abrir un camino de tales reflexiones, pero con insuficiente conocimiento de la diversidad de las prácticas antropológicas en el país.

Sin embargo sigo creyendo que existe una necesidad y una oportunidad importante en este momento crítico de replantear los posibles pasados de la antropología de España. Los cronistas, los misioneros, los inquisidores, los geógrafos, los reformadores como Jovellanos y Costa, y ahora las comunidades autónomas, todos crean espacios y documentos para la investigación de los posibles pasados de la antropología que son pasados muy diferentes a los pasados de la antropología en otros países.⁵

En este momento histórico, se están creando múltiples programas universitarios de antropología. Me temo que esta labor tan importante se va a llevar a cabo con tantas presiones de tiempo y con tan pocos fondos que no dé de sí una detenida reflexión sobre los posibles pasados antropológicos que luego podría conducir a unos planteamientos de una serie de posibles futuros de la antropología en el Estado español más interesantes, atrevidos y fructíferos. Si el resultado de toda esta inversión social en la antropología en España se reduce a la repetición de trayectos antropológicos ya conocidos, yo por lo menos lo lamentaría como la pérdida de una gran oportunidad de crear una antropología mejor que las existentes en otros países, una oportunidad que ya se perdió en los EE.UU. y que allí vamos a recrear sólo con enorme dificultad.

También creo que hay motivos bastante prácticos para historiar de esta manera dentro de España. Al consolidarse la antropología en el Estado español, han surgido grupos regionales de antropólogos, grupos a veces que han creado una intensa e interesante labor de investigación.

A su vez, esta consolidación ha creado un contexto en el cual se elabora una historiografía antropológica. No dudo de la importancia de este quehacer disciplinar.

Sin embargo, algunas de las polémicas que se han abierto sobre la historia de la antropología en las varias regiones pecan de los mismos defectos esenciales que vengo denunciando a lo largo de este artículo.

Me parece que una buena lección de la experiencia norteamericana sería el no dejar que la multitud de pasados antropológicos se pierdan de vista en España. Los monarcas y foralistas, los cronistas, los administradores de las colonias, los conquistadores, los inquisidores, los misioneros, los historiadores, los reformadores, los costumbristas, los políticos, los folkloristas, y muchos más forman parte de estos pasados. El replantear la historia de la antropología para reducirla a un grupo de folkloristas o cronistas o foralistas constituye tirar al vertedero una riqueza de elecciones y reflexiones que pudieran conducir a una serie de planteamientos sobre las relaciones entre las posibles antropologías en el Estado español y las antropologías mucho más estrechas que se han institucionalizado hasta la fecha. Y luego se podría volver al desafío de Julio Caro Baroja y contemplar el por qué de la selección y tal vez plantear una selección más ambiciosa para el futuro. Todos vivimos ante un futuro que, si una visión coherente y políticamente inteligente de las diferencias culturales, es tan amenazador como lo que ya pasó en Los Ángeles, lo que pasa en Gaza, Bosnia y Ruanda, y lo que puede pasar también en España. La advertencia de Pink Floyd no se puede ni se debe ignorar.

NOTAS

- 1 «Revolotean detrás tus posibles pasados
unos luminosos y enloquecidos, otros asustados y perdidos
un aviso a cualquiera que todavía pueda controlar su posible futuro
a seguir vigilando los vagones para ganado que,
sobre las vías muertas, cubiertas de amapolas,
aguardan, pacientes, su próxima salida».
- 2 Landgrant university se refiere al sistema norteamericano de universidades estatales creadas en el siglo XIX para cumplir una misión trivalente: pedagogía, investigación y servicio a los habitantes del Estado en que se ubica.
- 3 Cornell University es la universidad «Landgrant» del Estado de Nueva York.
- 4 Véase «Las antropologías de España: una propuesta de colaboración», *Antropología* Vol. 1, Nº 3: 5-33 and respuesta a los comentarios sobre el artículo: 125-142, 1992.
- 5 Una parte muy interesante de las obras de Carmelo Lisón se dedica a analizar algunos de estos personajes y, creo, que las lecciones sacadas son muy importantes para el futuro de la antropología. Véase Carmelo Lisón Tolosana, *Individuo, estructura y creatividad*, Madrid, Ediciones Akal.